

figura, que ligando un pólipo, estirpando una glándula engurgitada, ó destruyéndola por la supuración producida por medio de irritantes locales, disecando un quiste esteatomatoso ó melicerítico, operando un aneurisma, una fistula lacrimonal ó de

una leucoflegrasia, ó de una tisis ulcerada, consecuencia demasiado frecuente de semejante tratamiento.

El que ha podido apreciar el pulso tranquilo del sugeto una hora antes del escalofrío que precede siempre á la pleuresía aguda, no puede dejar de sorprenderse dos horas despues, cuando se ha declarado el calor, persuadiéndole que la enorme plétora que existe reclama reiteradas sangrías, y admira por qué milagro se han podido infundir las libras de sangre, cuya emisión se reclama, en los mismos vasos del enfermo que dos horas antes ha visto latir con un movimiento tan lento. ;Puede, sin embargo, no haya en sus venas una onza de sangre de mas de la que habia dos horas antes cuando el sugeto estaba en perfecta salud!

Así, cuando el partidario de la medicina alopática practica sus emisiones sanguíneas, no es una sangre supérflua la que quita al enfermo afectado de una fiebre aguda, puesto que este líquido jamás existe en exceso; le priva sí, de la cantidad de la sangre, normal é indispensable á la vida y al restablecimiento de la salud, pérdida enorme que ya no está en su poder el reparar. Sin embargo, cree haber obrado segun el axioma *causam tolle*, al cual dá una falsa interpretación, mientras que la sola y verdadera causa de la enfermedad es, no una superabundancia de sangre que en realidad jamás existe, sino una irritación inflamatoria dinámica del sistema sanguíneo, como lo prueba la curación que en semejante caso se obtiene por la administración, á dosis extremadamente fraccionadas, del jugo de acónito, que es homeopático á esta irritación.

La escuela antigua no escasea tampoco las emisiones sanguíneas parciales, y sobre todo aplicaciones copiosas de sanguijuelas en el tratamiento de las inflamaciones locales. El alivio paliativo que de ello resulta en los primeros momentos, no va coronado de una curación rápida y completa: lejos de esto, la debilidad y el estado valetudinario á que queda siempre espuesta la parte que de esta manera se ha tratado, y á veces tambien todo el resto del cuerpo, demuestran cuán mal se habia atribuido la inflamación local á una plétora local, y cuán tristes son los resultados de las emisiones sanguíneas, mientras que esta irritación inflamatoria, de apariencia local, que es puramente dinámica, puede destruirse de una manera pronta y duradera con una corta dosis de acónito, ó, segun las circunstancias, de belladona, medio á favor del cual la enfermedad se cura sin necesidad de recurrir á las sangrías, que ninguna utilidad tienen.

ano, amputando un pecho canceroso, ó un miembro, cuyos huesos estén cariados, ha curado la enfermedad radicalmente, porque ha destruido la causa. La misma creencia abriga cuando aplica los repercusivos y seca las úlceras antiguas de las piernas con los astringentes (óxidos de plomo, cobre ó zinc), asociados á los purgantes, que no disminuyen en nada el mal primitivo, pero que en cambio debilitan al enfermo y le destruyen la fuerza de reacción y resistencia; cuando cauteriza los canchales, las verrugas y los granos, ó repercute la sarna de la piel con los unguentos de azufre, de plomo, zinc ó mercurio; cuando hace, en fin, desaparecer una oftalmía con las disoluciones irritantes y astringentes, ó calma los dolores en los miembros con el bálsamo de Opodeldok, las pomadas amoniacales, ó las fumigaciones de ámbar ó cinabrio. En todos estos casos supone haber extinguido la enfermedad, y empleado un tratamiento racional dirigido contra la causa. Pero ¡qué fatales consecuencias no se derivan de ese tratamiento! Mas temprano ó mas tarde aparecen infaliblemente otras enfermedades, que se consideran como nuevas, no siendo en realidad sino aquellas mismas primitivas, aunque desfiguradas y con mas grave carácter que las primeras. Esto, que tan alto habla contra la manera de considerar las enfermedades la escuela antigua, debería abrirla los ojos y convencerla que la enfermedad es de naturaleza inmaterial, que su origen es dinámico, y que solamente puede destruirse por un poder dinámico tambien.

Entre todas las hipótesis que han reinado en las escuelas, la mas generalmente adoptada en los tiempos modernos ha sido la de las acrimonias y principios morbíficos, y de la necesidad de desembarazar los vasos sanguíneos y linfáticos por medio de las glándulas salivales y los órganos urinarios; el pecho, por el intermedio de los ganglios traqueales y bronquiales; el

estómago y tubo intestinal, por el vómito y las deposiciones albinas; no creyéndose autorizados los médicos para decir que el cuerpo estaba purificado de la causa material que escita la enfermedad, ni que se habia efectuado una curacion radical, con arreglo al principio *tolle causam*, si antes no se habia espelido la causa por alguno de esos emuntorios.

Haciendo aberturas en la piel, que despues convierte en úlceras crónicas la presencia habitual de un cuerpo extraño (cauterios, sedales), cree extraer del cuerpo la *materia pecante*, á la manera que se hace salir el poso de una vasija, haciéndola un taladro en el fondo. Con los vegigatorios sostenidos por mucho tiempo, está tambien persuadida de arrastrar al exterior los malos humores, sin considerar que con todos estos procedimientos absurdos y contrarios á la naturaleza, no logra mas que debilitar los enfermos, y hacerlos completamente incurables.

Suponer un principio morbífico material, es una cosa muy cómoda, no solo porque el entendimiento lo concibe bien, sino porque los enfermos, exigentes siempre respecto á la causa y naturaleza de su mal, se dán por satisfechos con la esplicacion del médico, fundada en esta hipótesis. En efecto, una vez supuesta esa teoría, solamente debia tratarse de elegir una serie de medicamentos que sirvieran para purificar la sangre y los otros humores, escitar el sudor, promover la espectoracion y limpiar el estómago é intestinos. Y por esto se comprende bien, el por qué todas las materias médicas que desde Dioscórides se han escrito, guardan el mas absoluto silencio acerca de la accion propia y peculiar de cada medicamento, limitándose, despues de haber enumerado sus pretendidas virtudes contra tal ó cual enfermedad nominal de la patología, á decir que promueve la secrecion de la orina ó el sudor, la espectoracion ó el flujo menstrual, y sobre todo que posee la virtud de evacuar

por vómitos ó por cámaras los materiales contenidos en el tubo intestinal; porque en todos tiempos los esfuerzos del médico se han dirigido principalmente á espeler del cuerpo enfermo las acrimonias y principios morbíficos materiales, considerados como causa de las enfermedades.

Pero todo esto no era mas que el resultado de sueños vanos, de gratuitas suposiciones, de hipótesis desprovistas de fundamento, hábilmente inventadas para comodidad de la terapéutica, que se envanece de llenar cumplidamente su mision, cuando trata de combatir los principios morbíficos materiales.

Mas la naturaleza de las enfermedades, su esencia íntima y su curacion, no se sujetan á nuestros caprichos ni á las invenciones de nuestra ignorancia. Por conformarse con nuestras ilusorias hipótesis, las enfermedades no pueden dejar de ser aberraciones dinámicas que experimenta nuestra vida inmateral en su manera de sentir y de obrar; es decir, en los cambios inmatereales de nuestra existencia.

Las causas de nuestras enfermedades no son materiales: la prueba es, que cualquiera sustancia material estraña introducida en los vasos sanguíneos, por mas inocente que parezca, al instante es repelida por la fuerza vital, y si no puede ser espelida, ocasiona la muerte (1). Introdúzcase el mas pequeño cuerpo extraño en nuestras partes sensibles, y el principio vital, que anima todo nuestro ser, no descansa hasta haberlo eliminado por medio del dolor, la fiebre, la supuracion ó la gangrena. Y este principio vital, tan activo y tan vigilante,

(1) La vida cesó de repente por la inyeccion de un poco de agua pura en una vena (Mull, *History, of royal society*, vol. iv). El aire atmosférico introducido en las venas, ha causado la muerte (J. H. Voigt, *Magazin fuer den neuesten Zustand der Naturkunde*, t. III, p. 25). Los líquidos, aun los mas suaves, introducidos en las venas, han puesto la vida en peligro (Autenrieth, *Fisiologia*, II, §. 784).

¿sufiría con paciencia, en una enfermedad de la piel que contase veinte años, un principio exantemático material en nuestros humores, un virus herpético, escrofuloso y gotoso? ¿Qué nosólogo ha visto nunca estos principios morbíficos, de que hablan con tanta seriedad y aplomo, y sobre los cuales pretende fundar un plan de conducta médica? ¿Quién podrá demostrar jamás, ni poner á la vista un principio gotoso, un virus escrofuloso?

Aunque la aplicacion de una sustancia material sobre la piel, ó su introduccion en una úlcera, haya propagado enfermedades por infeccion, ¿quién podría probar, como tan formalmente afirman nuestras patogenias, que la menor partícula material de esta sustancia sea absorvida y penetre en nuestros humores? (1). Por mas que se laven y limpien las partes genitales con la mayor prontitud y esmero posible despues de un coito impuro, estas precauciones no preservan de la infeccion de las úlceras venéreas. El aliento de una persona afecta de viruelas, es suficiente para producir esta terrible enfermedad en un niño sano y robusto.

¿Qué cantidad de este principio material debe penetrar en el organismo para determinar en el primer caso una enfermedad (sífilis), que si no se trata específicamente, durará quizás hasta los últimos días de la vida, y que ni la muerte podrá ocultar ni borrar sus huellas; y en el segundo, una afeccion (viruelas), que con tanta frecuencia apaga la vida en medio de una supuracion casi general? (2). ¿Es posible que en estas y otras análogas

(1) Habiendo sido mordida una niña de ocho años por un perro rabioso, en Glasgow, un cirujano escindió al momento toda la parte herida ó señalada por los dientes, lo que no impidió que á los treinta y seis días despues, se desarrollase la rabia, de la que murió á los dos días. (Ned. coment. of. Edinb. dec. II, vol. II, 1793).

(2) Para esplicar la produccion de la cantidad tan considerable de materias fecales pútridas y de materias acres ulcerosas, que se observan frecuentemente en las

circunstancias admitamos con fundamento un principio material morbífico, que haya ido á obrar sobre la sangre? Muy frecuentemente se ha observado que cartas escritas en la habitacion de un enfermo, han trasmitido al que las leia la misma enfermedad miasmática. ¿Supondrémos de aquí que ha penetrado en los humores alguna cosa material? Pues concedamos que ha sucedido así, y preguntemos aun: cuando una palabra injuriosa ó una afrenta cualquiera, produce en la persona á quien va dirigida una fiebre biliosa, que pone en peligro la vida; cuando una profecia fatal ó un emplazamiento, causa la muerte en la época anunciada; cuando una sorpresa agradable ó desagradable, suspende instantáneamente el curso de la vida, ¿dónde está el principio morbífico material, que se ha introducido en sustancia en el cuerpo, y que ha producido la enfermedad y que la sostiene?

Los sectarios de la falsa hipótesis de los principios morbíficos deberian avergonzarse de desconocer, hasta ese extremo, la naturaleza espiritual de nuestra vida, y el poder dinámico de las causas morbíficas, y mucho mas de su criminal proceder, que por satisfacer su teoría de limpiar y arrastrar al exterior la materia morbífica, cuya existencia es una quimera, matan á los enfermos en lugar de curarlos.

Los esputos anormales que se observan en ciertas enferme-

enfermedades, y poder presentar estas sustancias como la causa que produce y sostiene el estado morbozo, aunque en el momento de la infeccion nada de material se haya visto penetrar en el cuerpo, se ha imaginado otra hipótesis, que consiste en admitir, que ciertos principios contagiosos muy sutiles, obran en el cuerpo como fermentos, comunicando su mismo grado de corrupcion á los humores, y convirtiéndolos de este modo en un fermento comun que sostiene y alimenta la enfermedad. Pero ¿por medio de qué tisanas depurativas se espera desembarazar el cuerpo de un fermento que renace sin cesar, y separarlo tan completamente de la masa de los humores, para que no quede la menor partícula, la cual, segun la hipótesis admitida, habria debido corromper todavía estos hu-

dades, ¿serán, por ventura, la materia que las produce y sostiene? (1). ¿No son siempre productos de la enfermedad, es decir, de la alteracion puramente dinámica que la vida ha experimentado?

Con estas ideas erróneas acerca de la exencia y origen material de las enfermedades, no es extraño que en todos tiempos los médicos mas distinguidos, lo mismo que los mas medianos, y aun los hábiles inventores de las mas sublimes teorías y sistemas, hayan dirigido todos sus esfuerzos á espulsar la pretendida materia morbífica, y que la indicacion mas constante haya sido siempre la de arrojar del cuerpo esta materia morbífica, procurando su salida por medio de la saliva, la expectoracion, el sudor y la orina; de limpiarla de las acrimonias ó impurezas, que jamás existieron; de arrastrar al exterior la causa imaginaria de la enfermedad con ayuda de los cauterios, sedales y vegigatorios permanentes; y hacer, en fin, salir la *materia pecante* por el tubo intestinal, impelida por los laxantes y purgantes, condecorados, para darles mayor importancia, con el pomposo título de aperitivos desostruentes y disolventes.

Ahora bien: si admitimos, como no podemos menos de admitir, que exceptuando las enfermedades producidas por la introduccion de sustancias nocivas en los órganos digestivos y demás vísceras huecas, por la de cuerpos extraños al través de la piel, etc., ¿qué perniciosos y fatales no deben parecer al

mores, y reproducir, como antes, nuevos principios morbíficos? ¿A qué groseras inconsecuencias conducen las hipótesis, aun las mas sutiles, cuando descansan en un error! Segun esta escuela, sería imposible el curar estas enfermedades. La sífilis mas marcada, despues de separada la psora que comunmente la complica, se cura con la sola influencia de una ó dos dosis muy pequeñas de la trigésima disolucion del *mercurio metálico*, y la alteracion sifilítica general de los humores se estingue para siempre de una manera dinámica.

(1) Si así fuese, bastaria sonarse bien los mocos para curarse infalible y rápidamente cualquier coriza, aun el mas inveterado.

hombre sensato los métodos de tratamiento que reconocen como base la espulsion (1) de este principio imaginario, que ningún resultado bueno pueden producir en las mas comunes y principales enfermedades, las crónicas, sino que han de perjudicar grandemente? Ninguna enfermedad existe que reconozca por causa un principio material: por el contrario, todas son siempre y esclusivamente el resultado de una alteracion especial, dinámica y virtual de la salud.

Las materias degeneradas y las impurezas apreciables en las enfermedades, no son otra cosa, sino productos de las enfermedades mismas, de las cuales el organismo sabe desembarazarse algunas veces de una manera demasiado enérgica, sin el auxilio de la medicina evacuante, pero que no dejan de reproducirse mientras dura la enfermedad. Estas materias se pre-

(1) En las enfermedades verminosas, la expulsion de los vermes tiene cierta apariencia de necesidad. Hállanse lombrices en algunos niños, y ascárides en muchos de ellos; pero estos parásitos dependen de una afeccion general, unida á un régimen insalubre. Mejórese este régimen y cúrese homeopáticamente la psora, siempre mas fácil en esta edad que en cualquiera otra época de la vida, y no habrá ya gusanos, y los niños tendrán una salud completa; al paso que reaparecen en gran número despues del uso de purgantes, solos ó asociados al *semencontra*.

Pero se dirá tal vez, que es menester no descuidarse ni dejar nada por hacer para espulsar del cuerpo el vermes solitario, este monstruo creado para tormento del género humano.

Cierto es que se hace salir algunas veces el ténia. ¿Pero á costa de cuántos sufrimientos consecutivos y de cuántos peligros para la vida! No quisiera tener sobre mi conciencia la muerte de todos aquellos que han debido sucumbir á la violencia de los purgantes dirigidos contra este vermes, y los años de languidez que han sufrido los que han escapado de la muerte. ¿Y cuántas veces sucede, que despues de haber repetido por muchos años consecutivos estos purgantes, destructores de la salud y de la vida, el animal no sale, ó si sale se reproduce? ¿Qué sería, pues, si no hubiese la menor necesidad de expulsarlo y matarlo por medios violentos y crueles, que tan frecuentemente comprometen la vida del enfermo? Las diversas especies de ténias solo se encuentran en sugetos psóricos, y desaparecen siempre que se cura la psora. Hasta el momento de la

sentan al médico en muchas ocasiones como síntomas morbosos, y le ayudan á completar el cuadro de la enfermedad, que le sirve luego para buscar un agente homeopático, propio para la curacion.

Pero los actuales sectarios de la antigua escuela, además de la teoría de expulsion de los principios morbíficos materiales, reconocen otro método, que llaman derivativo, y consiste en emplear evacuaciones abundantes y variadas, pretendiendo con esto imitar á la naturaleza, que en sus esfuerzos espontáneos para restablecer la salud del organismo enfermo, quita la fiebre por medio del sudor ó la secrecion de la orina; la pleuresía, por epistaxis, sudores y esputos mucosos; otras enfermedades, por el vómito, la diarrea y las hemorragias; los dolores articulares, por ulceraciones en las piernas; las anginas, por

curacion viven sin incomodar mucho al hombre, no en inmediato contacto con los intestinos, sino envueltos en el residuo de los alimentos, ó sumidos como en un mundo propio para ellos, donde viven tranquilos, y encuentran lo necesario para su nutricion. Durante estas circunstancias, no tocan á las paredes del intestino, ni causan ninguna incomodidad ni daño á la persona que los contiene. Pero si se apodera del sugeto alguna enfermedad aguda, el contenido en los intestinos se vuelve insoportable al animal, que se revuelve incesantemente, irritando las paredes sensibles del tubo alimenticio, y escitando una especie de cólico espasmódico, que no contribuye poco á acrecentar los sufrimientos del enfermo. De la misma manera, el feto no se agita, ni se mueve en la matriz, sino cuando la madre está enferma, y permanece tranquilo en el agua en que nada, mientras que aquella está buena.

Es muy digno de notar que los síntomas que se observan en esta época en los que tienen un vermes solitario, son de tal naturaleza, que la tintura de *helecho macho*, á la dosis mas pequeña, los hace desaparecer rápidamente de una manera homeopática, porque hace cesar lo que en la enfermedad ocasionaba la agitación del parásito. Hallándose despues el animal á su gusto, continúa viviendo tranquilamente en medio de las materias intestinales, sin incomodar sensiblemente al enfermo, hasta que el tratamiento antipsórico esté bastante adelantado, para que el vermes ya no encuentre en el contenido del canal intestinal las sustancias que le puedan servir de alimento, y desaparezca para siempre, sin necesidad de purgante alguno.

medio de la salivacion, ó por metastasis ó abcesos, que determina en otras partes distantes del mal.

Fundados en esto, creen, que obrando así, imitan á la naturaleza, pero no reflexionan que siguen caminos muy estraviados en el tratamiento de la mayor parte de las enfermedades. Teniendo presentes las indicaciones de la fuerza vital enferma, abandonada á sí misma, proceden de una manera indirecta (1), produciendo irritaciones mas fuertes pero de índole distinta, en otras partes distantes del sitio de la enfermedad, promoviendo y sosteniendo evacuaciones por los órganos que mas difieren de los tegidos afectos, con el objeto de atraer el mal hácia este nuevo órgano ó aparato.

Esta derivacion ha sido, y aun es hoy, uno de los mas usuales y acreditados métodos curativos de la escuela alopática.

Imitando así á la naturaleza medicatriz, segun la espresion usada por algunos, propónese escitar enérgicamente en las partes menos enfermas y que pueden resistir mejor la enfermedad medicinal, nuevos síntomas, que bajo la apariencia de crisis y en forma de evacuaciones, hagan derivar, segun ellos, la enfermedad primitiva (2), con el objeto de que las fuerzas medicatrices de la naturaleza puedan efectuar despues la resolucion (3).

Los medios que emplean para conseguir este objeto, son el

(1) En lugar de extinguir el mal con prontitud y sin agotar las fuerzas, como hace la Homeopatía, con el auxilio de potencias medicinales dinámicas, dirigidas contra las partes afectas del organismo.

(2) ¡Como si lo inmaterial pudiera derivarse! Siempre es una materia morbífica, por sutil que se la suponga.

(3) Las enfermedades medianamente agudas, son las únicas que acostumbran á permitirse de una manera tranquila cuando han llegado al término de su curso natural, ya empleando remedios alopáticos que no tengan mucha energía, ya absteniéndose de todo medio terapéutico; la fuerza vital, reanimándose, sustituye poco á poco el estado normal al anormal, que desaparece gradualmente.